

Sociedad y política¹

Julio C. Gambina²

El que nos proponemos abordar es un tema muy amplio, e intentaré suscitar algunos aspectos principales que quizá sean útiles para entender el presente, conocer el origen de la situación y especialmente animarnos a denotar el devenir.

Mecanismos extra económicos

El primero de ellos tiene que ver con una profunda transformación de la economía, de la política y de la sociedad. Todos fenómenos que reflejan la realidad de la Argentina de los últimos 25 años. El inicio de esos cambios está relacionado con una ofensiva del capital contra el trabajo. Es un proceso desarrollado, tanto en la Argentina, como en escala global. Situación verificable desde mediados de los años 70 y que aún hoy mantiene signos dominantes en la coyuntura de crisis. Lo digo en estos términos, ofensiva del capital contra el trabajo, porque esa ofensiva supone la existencia de actores sociales portadores de atributos y capacidades materiales y simbólicas, que inciden históricamente en la configuración de la sociedad. El embate implicaba un intento deliberado para modificar una correlación de fuerzas social que determinaba la proporción de reparto de la renta entre empresarios y trabajadores, en forma directa si remitimos a salarios y ganancias, y en forma indirecta si referimos a la tributación y el gasto público. Desde un punto de vista socio político se trataba de deteriorar, e incluso derrotar el poder de los trabajadores en la negociación económica y su capacidad de actuar en el establecimiento del orden social. Es bueno señalar que el poder acumulado de los trabajadores a que aludimos, es el resultado de un largo proceso de consolidación de la organicidad de los trabajadores en múltiples formas: sindicatos, cooperativas, asociaciones por reivindicaciones diversas, etc. Proceso gestado en una experiencia centenaria y que tiene su punto más elevado en el período previo a la crisis desatada en los años 70, que es precisamente una crisis definida por las dificultades para lograr la rentabilidad del capital. Pero además, dicha situación tiene correlato en el plano de la política internacional y de cada uno de los países, y la Argentina por cierto, no quedó al margen.

Queremos señalar así que fronteras adentro de nuestro país, se podía constatar para esos años un fenómeno de confrontación social por el reparto de la riqueza y que con los matices que se derivan de las especificidades locales, podía visualizarse una similar situación en América latina. A su vez, la identidad asumida por dichos países, los ubicaba en una iniciativa común por el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Mundial. En ese sentido, debe recordarse el establecimiento en la O.N.U. de la Carta de los

(1) *Disertación ofrecida en el Encuentro "Buenos Aires sin fronteras - Política, Economía e Integración", Mesa Redonda sobre "Sociedad y Política", organizado por la Secretaría de Industria, Comercio, Turismo y Trabajo-Programa de Desarrollo Interregional, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 27/4/99.*

(2) *Director del Instituto de la Cooperación-Fundación de Educación, Investigación y Asistencia Técnica- Idelcoop*

Derechos y Deberes de las Naciones. Documento aprobado en 1974 con el voto en contra solamente de una docena de Países Capitalistas Desarrollados.

Esa ofensiva es consustancial con el terrorismo de Estado. El terror ha operado como un mecanismo extra económico para que se operaran los cambios económicos que hoy visualizamos. Me parece una conclusión muy importante, ya que el “*dominio del mercado*” se presenta como una “*cuestión natural*”, y pretendo resaltar que la organización económica actual de la sociedad no se deriva del libre juego de la oferta y de la demanda. No es un problema de mercado, sino que responde a un proceso deliberado y consciente instalado, en la Argentina, desde el terror de la dictadura. En ese sentido se puede afirmar que sin terrorismo de Estado no hubiese habido cambios en la Argentina, por lo menos de la profundidad en que los mismos se manifiestan a fin de siglo. Es una conclusión que puede hacerse extensiva a buena parte del continente, donde los golpes militares señalaron un común denominador de los regímenes políticos que imperaron en América latina entre los años 60 y los 80. Claro que también podría pensarse en las formas que asumió la agresión a los trabajadores y otros sectores populares en otras regiones, por caso, en la Inglaterra de Margaret Thatcher y en los EE.UU. bajo la presidencia de Ronald Reagan. Los cambios ocurridos en escala global han sido gestados desde acciones impulsadas por sujetos, desde la agresión, el miedo o el terror, más que como resultados de las leyes de la oferta y la demanda en el mercado económico. También es dable sugerir que en la Argentina se sigue afirmando la perspectiva de transformaciones regresivas de la economía, de la política y de la sociedad desde nuevos “*imaginarios del miedo*”. Por ello, al hablar del último cuarto de siglo, junto al terrorismo de Estado instaurado por la Triple A, primero, y por la dictadura militar, después, podemos afirmar la continuidad del miedo en la sociedad argentina a través de nuevos fenómenos. Los que se manifiestan en la economía pero tienen su génesis en el ámbito de la política y el accionar histórico de los sujetos. Nos referimos al proceso hiperinflacionario vivido en la última etapa del gobierno de la U.C.R. y primera parte del gobierno del P.J.

Los cambios ocurridos en la Argentina son hijos directos del miedo y han sido y son producto de mecanismos extra económicos. Lo comentado va más allá de las diferencias que conlleva la vigencia constitucional en el régimen de gobierno. ¿Para qué sirve una conclusión de esta naturaleza? Nada menos que para pensar una perspectiva de transformación de la realidad actual, la misma debe pensarse en términos similares. Es decir, para establecer mecanismos de desarrollo y escenarios alternativos, se requieren mecanismos extra económicos. No es, como se cree o pretenden hacer creer, que por el accionar del mercado se van a encontrar los caminos de un desarrollo progresivo de la sociedad argentina. Un interrogante para la reflexión es si es posible afirmar un proyecto político de sociedad inspirado en el miedo. En todo caso, es a partir de ese terror instalado que pueden entenderse algunos fenómenos de la cotidianeidad y que se expresan como desintegración social, fragmentación política y cultural, junto a un marcado desinterés en el debate por un nuevo imaginario de proyecto de país.

La enorme desigualdad

La segunda cuestión que quiero plantear está vinculada a las consecuencias sociales de los cambios y que han generado una enorme desigualdad. Datos estadísticos del BID y de la Cepal confirman que en la década del 90, aún siendo el país menos desigual de América Latina, es el territorio donde más ha crecido la desigualdad. Es notorio el deterioro en materia de empleo. El desempleo, en el piso estructural que registra actualmente, superior al 13 por ciento, duplica el guarismo al inicio de la década, y en el marco de

la recesión actual, la perspectiva es por la elevación de los índices de desempleo, reconocidos oficialmente, en valores que pueden oscilar entre el 15 y el 18 por ciento. Es decir, que la década registraría una triplicación de la referencia estadística.

Como vemos (CUADRO 1), el tema se agudiza si adicionamos al desempleo, el subempleo y de ese modo, el valor ronda con cierta estabilidad en torno del 30% luego de la crisis derivada de la devaluación de la moneda mexicana a fines de 1994. Máxime si se considera que desde el pico más alto de desocupación en mayo del 95, ese indicador comienza a bajar. Sería justo a su vez, incorporar en la reflexión otras categorías que hacen a la precariedad del empleo, tales como el trabajo en negro, estimado en el 40% de la población trabajadora y otras formas de trabajo “basura”. Son guarismos que demuestran en el plano de los datos económicos, que son los trabajadores quienes sufrieron en mayor medida el impacto de las transformaciones operadas en este lapso.

CUADRO 1. Fuente INDEC, Buenos Aires, octubre de 1998.

I	II	III	IV	V	VI	VII = V + VI	VIII = IV + VII
Mes y año	Tasa de actividad	Tasa de empleo	Tasa de desocupación	Tasa de subocupación de demandante	Tasa de subocupación no demandante	Tasa de subocupación	Tasa de desocupación + subocupación
Mayo 95	42.6	34.8	18.4	7.0	4.3	11.3	29.7
Octubre 95	41.4	34.5	16.6	7.7	4.8	12.5	29.1
Mayo 96	41.0	34.0	17.1	8.1	4.5	12.6	29.7
Octubre 96	41.9	34.6	17.3	8.5	5.5	13.0	30.3
Mayo 97	42.1	35.3	16.1	8.4	4.8	13.2	29.3
Octubre 97	42.3	36.5	13.7	8.1	5.0	13.1	26.8
Mayo 98	42.4	36.9	13.2	8.2	5.1	13.3	26.5
Agosto 98	42.0	36.5	13.2	8.5	5.2	13.7	26.9

Pero el crecimiento de la desigualdad nos remite a un período mayor, el que se define en el tiempo histórico referido, es decir, los últimos 25 años. Es notorio el crecimiento de la brecha generada en la apropiación del Ingreso Nacional entre los polos sociales que refleja su distribución (CUADRO 2).

CUADRO 2

	1975	1997
20 % más enriquecido	41 %	51,2 %
10 %	3,1 %	1,6 %

Distribución del ingreso. Fuente INDEC

Situación agudizada desde la aplicación del régimen de convertibilidad, donde, según el BID (CUADRO 3), la brecha entre el 10% más enriquecido y el 10% más pobre se agrandó desde las 15 veces en 1991 a 24 veces en 1997.

CUADRO 3

Diferencia de ingresos	1991	1997
10 % más rico con relación al 10 % más pobre	15 veces	24 veces

Fuente BID

Datos del mismo “Informe sobre el progreso económico y social” del BID (CUADRO 4), señalan que el 10% más rico reconoce casi 14 años de estudio para personas mayores de 25 años, mientras que entre el 30% más pobre el guarismo se reduce a menos de 8 años.

CUADRO 4

	Años de estudio para personas mayores de 25 años
10 % más rico	14
10 % más pobre	8

Con los límites que representa la Encuesta permanente de hogares para determinar la caída de los salarios, resulta igualmente demostrativa para señalar los efectos devastadores sobre los sectores de menores ingresos (CUADRO 5), particularmente si se considera que el período comparado parte del momento previo a la recesión del “tequila” (1995/96) y al momento de recuperación (1997/98) con importante crecimiento del PBI para el año 1998. Es que, en la década del 90 se cae uno de los mitos ideológicos que instaló el neoliberalismo y es que alude al “derrame” que genera el crecimiento. La desigualdad creciente es simultánea con un período de crecimiento excepcional del producto, ya que el promedio de la década supera el 5%.

CUADRO 5

Ingresos a Mayo 94	160	305	389	453	536	633	733	928	1244	2663
Ingresos a Agosto 98	118	253	340	409	491	580	676	859	1168	2664
Variación Porcentual 94/98	-26.2	-17.0	-12.6	-9.7	-8.4	-8.4	-7.8	-7.4	-6.1	0.1

Sueldos Promedio, según franjas del 10% de las personas ocupadas. Cap. Fed. y Gran Buenos Aires.
Fuente: Encuesta Permanente de Hogares.

Los efectos sociales no sólo deben medirse en caída de salarios y aumento del desempleo y la precariedad del trabajo, sino que deben analizarse en el marco de la desarticulación del sector productivo que se verifica en nuestros días y que, entre otras cosas, se expresa como descontento de actores sociales y políticos altamente comprometidos con el modelo, tales como la Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial, fuertemente comprometidos con los supuestos ideológicos y políticos del “modelo”. Que mencionemos “ruidos” en el consenso a las políticas en curso desde estos sectores, está manifestando los límites que tiene la actual política económica. Límites que han sido formulados desde hace mucho tiempo por organizaciones sociales tales como la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), la Federación Agraria Argentina (FAA), la Asamblea de Pequeños y Medianos Empresarios (APYME), el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (I.M.F.C.) y otras entidades y asociaciones de trabajadores y productores o empresarios del campo y la ciudad, los que han articulado una resistencia que pretende extenderse en la formulación de políticas alternativas y que contemple los intereses de sujetos que organizan su actividad económica y social en sindicatos, cooperativas y asociaciones no lucrativas con diversas modalidades organizativas y funcionales.

Tres reestructuraciones

La tercera cuestión a suscitar es que más allá de los efectos sociales y económicos a los que referimos, se esconde un profundo proceso de reestructuración de las relaciones sociales y que podemos resumir en los siguientes tres aspectos:

-Un primer plano es la reestructuración de la relación entre trabajadores y empresarios, o entre el capital y el trabajo. Hay una modificación en la relación salarial, en la rela-

ción laboral. El mecanismo clave de esta reestructuración es la flexibilización del trabajo, y que es una demanda permanente del capital por disminuir los salarios y por deteriorar el derecho protectorio del trabajo. Por tratar de deteriorar el poder de los trabajadores en la negociación jurídica, en la negociación económica y en la negociación política.

- Un segundo plano de reestructuración de las relaciones sociales es el del Estado. La reforma del Estado es uno de los elementos claves de las transformaciones en la década del 90. Lo que se propuso la dictadura y no pudo llevar a cabo en su totalidad, en tanto ejecución de las privatizaciones, como lo que intentó el radicalismo en el gobierno, aún con los matices respecto del gobierno “*dictatorial*” anterior y el “*constitucional*” posterior, y no pudo materializar, fue llevado adelante por el gobierno justicialista, mediante el disciplinamiento de la burocracia política y de la burocracia sindical. Ese disciplinamiento social es el que favoreció el proceso de las privatizaciones, que tempranamente anunciara Martínez de Hoz como ministro de economía de la dictadura militar, y que no pudo llevar a cabo. Contrariamente al sustento ideológico favorable a las privatizaciones y con Domingo Cavallo como Presidente del BCRA, lo que si se produjo fue la estatización de la deuda externa privada. Y es sin duda, el endeudamiento externo, el mecanismo económico que condicionó el conjunto de reestructuraciones. Contrariamente a lo que muchos sostienen y para la polémica, podemos afirmar que nunca ha habido tanto poder del Estado para orientar un determinado modelo de acumulación de capitales y favorecer así, a determinados actores económicos. Lo que ocurre en la Argentina no es por ausencia de Estado, sino por la presencia del mismo en la orientación del poder económico, sustentado en las transnacionales y los grandes grupos económicos de origen local.

- Y el tercer plano de reestructuración de las relaciones es el de la inserción de la Argentina en el mundo. Es decir, un nuevo lugar del país en la división internacional del trabajo y que tiene proyecciones en la configuración política que emerge a nivel mundial a fin del siglo XX. Remite al proceso de “*globalización*” y apertura de las economías que, entre otros fenómenos, ha generado procesos de desindustrialización relativa y promovido una articulación de mercados regionales que hasta ahora han favorecido a las grandes empresas, tal como se expresa en el propio Mercosur. En el plano de la política, dicha situación coloca a la Argentina, entre otros ejemplos, como aliado extra OTAN e involucra a la Argentina en la agresión bélica a Yugoslavia; o al presidente como vocero predilecto del Fondo Monetario Internacional (FMI) tal como se reflejó en la asamblea anual desarrollada el año 1998, donde se compartió la tribuna con el presidente de los Estados Unidos. Es una referencia a la subordinación de la política internacional de la Argentina en relación con los intereses norteamericanos para América latina, e incluso con perspectiva global, donde el propio presidente de la Argentina puede decir aquellas cosas que los funcionarios del gobierno norteamericano no están autorizados para decir, como la perspectiva de un camino de dolarización. Propuesta que puede concebirse como un salto hacia adelante, como una apuesta, para poder mantener la invariabilidad de esta política que margina a tanta gente, aunque tenga un propósito propagandístico y sea imposible su materialización.

De “eso” no se habla

El cuarto asunto a resaltar es que si bien esta situación ha sido gestada bajo el imperio del terror de Estado, en la etapa constitucional (1983/1999), esta política económica ha sido favorecida por el consenso, o la imposibilidad de generar consensos alternativos por la mayoría de los partidos políticos. A tal punto se plantea en esos términos, que hoy, las cuestiones centrales del “*modelo*” y consolidadas por la inflexibilidad derivada de la Ley de Convertibilidad (1991) llevan a que, parafraseando una película, “*De eso no se habla*”.

En la agenda de debate no se incluye la perversidad de los mecanismos económicos que condenan a millones de personas a la exclusión recurrente. Se puede hablar en ese sentido del “*sin destino*” para vastos sectores populares que prisioneros de una estabilidad basada en la contención del índice que mide el costo de vida, pero que acumula un crecimiento dolarizado de precios, particularmente de los servicios públicos y que a su vez es expresión de “*hiper*” dormida que desemboca en el ajuste perpetuo. Tan es así que el economista de Fiel, López Murphy, se animó a formular lo que muchos callan aunque lo piensen: que en la Argentina, en la perspectiva de la actual política económica, o se impulsa una devaluación del tipo de cambio, o de lo contrario debe promoverse una reducción de los salarios, estimada por él en un 10 por ciento, y todo en la búsqueda de la competitividad perdida ante la devaluación realizada en Brasil durante el mes de enero pasado. En cualquiera de los dos mecanismos, baja explícita de salarios o devaluación, los que van a pagar ese tipo de salida de la crisis son los trabajadores, y los sectores populares que viven de la capacidad de vender en el mercado interno, particularmente a los trabajadores y a los sectores populares. Quiero insistir en el concepto que remite a lo que calla la agenda de discusión, porque entre otros de los puntos, uno de esos temas de los que no se habla y que es crucial porque condiciona cualquier proyecto de transformación, es el de la deuda externa. Es uno de los temas tabú y que ante el menor amago de incumplimiento se aduce el temor de una “*fuga de capitales*”.

En todo caso, es una señal de la profundización de la dependencia del país, particularmente del ingreso de capitales externos, pero curiosamente, existen datos que remiten al flujo negativo de la circulación internacional de capitales en relación con el país, especialmente desde el año 95 hasta la actualidad. Es conocida la referencia de la existencia de más de 87 mil millones de dólares, de argentinos en el exterior, monto que alcanzaba unos 75 mil millones en 1997, y que en el año 1993 se estimaba en 60 mil millones de dólares. Simultáneamente, el endeudamiento público, pasó de 61 mil millones de dólares en 1993 a 120 mil millones de dólares en la actualidad. Tanto la deuda externa pública, como la privada están en constante crecimiento.

El interrogante en torno a la deuda externa es si ¿se está pagando, o no?, ya que su expansión es una señal de renovación constante y ampliada. Podemos afirmar y aunque parezca contradictorio, ambas situaciones ocurren simultáneamente. Se están pagando parcialmente los intereses para obtener más crédito, y ese mayor crédito es parte importante del flujo de capitales que ingresa y que favorece, por un lado, la salida de capitales, y, por otro, no termina de darle sustentabilidad fiscal al Estado nacional. En consecuencia, se sustenta con un régimen tributario de carácter regresivo.

Necesidad de un proyecto alternativo

En quinto lugar y por último, formular algunas preguntas: ¿en qué desemboca éste presente de ajuste perpetuo y, más aún, nuestro futuro, con esta base avanzada de reformas estructurales regresivas? ¿Acaso termina en algún proyecto de desarrollo que contenga a la mayoría de la población? ¿Avanza hacia una crisis de tipo final? No se debe ser ingenuo ni alarmista para abordar la complejidad de los interrogantes, principalmente por la incertidumbre del devenir. Es quizá esa irresolución de la historia a transitar lo que nos permita organizar una respuesta diferenciada y que se vincula estrechamente con la actuación de los actores sociales y políticos. Situación que aún está por verse en la Argentina, pero que pese a la invisibilidad de alternativas económicas, sociales, culturales o políticas, se puede afirmar que existen experiencias que recogen una variedad de expresiones organizativas de carácter popular. En nuestra práctica social en el cooperativismo verificamos

un “*quehacer*” solidario contrastable con el sentido común hegemónico y que tiene proyección más allá del éxito económico “*cosificado*”. Me refiero a cooperativas de vivienda o de trabajo, de consumo o de crédito, de producción o de servicios, que a pesar de no lograr completamente sus objetivos estatutarios en la prestación de algún servicio o satisfacción de alguna necesidad, han logrado constituir activos sociales solidarios para gestionar cooperativamente, en conjunto, democráticamente, sus problemas.

Y más aún, desde el Instituto de la Cooperación venimos desarrollando una experiencia para favorecer la articulación de entidades cooperativas y el aprovechamiento del “*saber popular*” a través de un programa que hemos bautizado “*Las cooperativas aprenden de las cooperativas*”. Su propósito esencial es la transferencia de conocimiento (know how) entre pares, en el aprovechamiento del saber que genera la práctica social de las cooperativas que subsisten y se desarrollan en condiciones desfavorables para los principios y valores de la cooperación. Puede parecer una respuesta “*micro*” ante la dimensión de los problemas y desafíos suscitados. La convicción es que las respuestas “*macros*” deben ser construidas desde una práctica social alternativa y en ese sentido, las cooperativas constituyen un “*modelo alternativo*” para imitar.

En la Argentina hoy, lamentablemente e independientemente de que en algunas cabezas pueda existir, no hay un proyecto político alternativo que contacte con una dinámica social resistente al sentido común hegemónico y que pueda articular al actor político y al actor social para darle una perspectiva distinta al futuro desarrollo social.

Es por ello que rescatamos la práctica solidaria, a la que le adjudicamos un valor más allá de la gestión de un asunto concreto. Es que esa forma de organización compartida democráticamente es constituyente de expresiones anticipadas de la sociedad alternativa imaginada en la larga trayectoria del ideario y práctica de la cooperación. Y hoy, ante los fracasos por organizar la sociedad en forma alternativa al capitalismo acudiendo al “*estatismo*”, resulta útil recuperar experiencias organizativas de trabajo solidario que arriman pistas de un futuro deseable.

Es cierto que no alcanza con la estructuración de cooperativas u otras formas solidarias de organización económica y es justo destacar un proceso creciente de articulación de dichas experiencias con otras formas asociativas que defienden derechos y reivindicaciones sociales comunes a un amplio espectro social. Esta articulación asociativa puede potenciarse con expresiones espontáneas que reclaman cambios para impulsar una cultura por las transformaciones y a su vez, sean el cultivo de una masa social crítica suficiente que pueda darle materialidad a un proyecto político alternativo, que es, la gran asignatura pendiente, por lo menos, en la Argentina.